



Martirologio Guatemalteco: Mártires de Quiché

EMILIE SMITH. Presbítera Anglicana, SICSAL: Servicio Internacional Cristiano de Solidaridad con los pueblos de América Latina Óscar Romero

Muchísimas gracias amigas y amigos nuevos y algunos que ya he conocido. Lo mejor sería estar juntos tomando el matecito y platicando. Pero bueno esto está bien. ¡Qué bueno que podamos usar estos medios para unirnos! Aunque sea de esta forma imperfecta.

Doy gracias a ustedes por esta reflexión, por esta oportunidad de ir más profundo en esas historias tan importantes en la historia de las Iglesias y también de la Humanidad. Pues, como dijeron en la introducción, yo viví unos seis a siete años en Guatemala, estuve casada con un guatemalteco desde que tenía 20 años y tuvimos tres hijos. Vivimos muchos años en México y en Guatemala y en ese momento tuve la oportunidad, la bendición, de ir conociendo no sólo lo bello de este país, sino lo duro y lo difícil. Nos entramos de lleno en la lucha para la liberación de los pueblos de Guatemala. Entonces en ese momento fui conociendo las historias de los mártires y no fueron diez, ni veinte, ni treinta. No sé si ustedes conocen, pero se trata de lo que fue ya

nominado por la ONU: “el genocidio de los pueblos de Guatemala”. Es la matanza más grande en la historia moderna de las Américas. Fueron muertos doscientos cincuenta mil guatemaltecos.

Guatemala es un país chiquitito, si ven Argentina es un monstruo como Canadá. Guatemala es un país chiquitito y esta carga tan dolorosa ha ido formando parte de mi vida desde que era jovencita. Tuve la bendición desde muy jovencita de ir conociendo a mujeres guatemaltecas. No fui criada en una hogar cristiano, mi papá fue astrónomo en Alta Gracia, Argentina. Y ser astrónomo es ser un científico, para quien si algo no se puede probar es mentira, es una tontería. Entonces para mí fue una cosa muy importante ir descubriendo con las mujeres de Guatemala, que la forma más adecuada, más correcta de entrar a esta lucha fue con esta fe cristiana. Que ser cristiano era un compromiso de lucha y eso nunca me imaginé, nunca lo entendí hasta que tuve esta bendición de ir caminando con los pueblos de

Guatemala. Una de las mujeres más importantes fue una hermana. La hermana Raquel Saravia, o madre Raquel Saravia, que fue también copresidenta de SICSAL precisamente antes de que yo tomara esa posición.

Y ella me habló de la historia. No sólo de la historia reciente, sino de la historia larga de Guatemala. La historia de la invasión, la conquista de los españoles y ella me explicó que no fue sólo una invasión de espadas, sino que fue una invasión de Biblia también. Y eso me sorprendió mucho, porque uno piensa que una invasión tiene que ver con armamento de guerra. Pero ella me explicó también que el armamento de destrucción, de invasión y de conquista fue la Biblia. No fueron todos los cristianos con esta idea de ir destruyendo y matando. Sabemos que hay historias como Fray Bartolomé de las Casas, que fue un defensor de los pueblos indígenas. Pero lo que fui descubriendo también es que la resistencia guatemalteca fue desde siempre, no fue una cosa de un momento a otro, sino que hubo resistencia desde el principio. Desde la invasión española. No fue una cosa ocasional, sino una cosa permanente y de una forma inteligente, sabia, con una profundidad intelectual que no se pueden imaginar. Descubrí eso un día de noviembre. Estaba viviendo en Santa Cruz del Quiché y fue el día de Santa Cecilia. Yo llegué de un viaje y bajé del bus en el parque central y vi

un baile que las comunidades se habían unido a bailar, y se llamaba el baile de los toros y estaban bailando y bailando y bailando... horas bailando. Yo me quedé viendo y cuando me di cuenta, era un acto de resistencia. Los toros estaban matando a los españoles! ¡qué sorpresa! ¡era una burla! Era una forma de mantener su identidad, su fuerza, su dignidad, frente a una fuerza muy grande. Entonces, en ese momento logré entender, la inteligencia de las mayas; y los mayas en su forma de mantener su cosmovisión, su forma de entender su Dios. Ellos lograron mucho más que los españoles entender que Dios es uno, y no importa el nombre que le pongas: Dios es uno. Y lo que hicieron fue tomar los nombres españoles y los pusieron junto a su forma de pensar, de rezar, de imaginar el mundo y lo siguieron en el camino con las dos cosas. No era sincretismo, sino una sabiduría espiritual a la que aún no llegamos nosotros. Lo que sí es cierto es que ellos y ellas nunca abandonaron su forma de vivir y de pensar y esto fue por siglos y siglos y siglos. Ahora sabemos que la Iglesia institucional no logró entender esto. La Iglesia institucional siguió siendo la Iglesia de los ricos, de los poderosos, de los que siempre tenían todo. Así fue Guatemala. Así fue que colaboró la Iglesia con la destrucción del único experimento democrático que hubo en Guatemala en el año 1944 a 1954. Hubo un experimento verdaderamente

democrático y que fue destruido en 1954 por la CIA y sus amigos de la compañía de fruta United Fruit Company, pues la Iglesia, lastimosamente, asistió y colaboró con los poderosos en esta destrucción terrible, que tuvo consecuencias inimaginables.

No poco después, ustedes saben mejor que yo, hubo un evento que cambió no sólo la Iglesia sino el mundo entero: el Vaticano II; y después la Conferencia de Obispos en Medellín; y después la Conferencia en Puebla. Esto fue abriendo un camino muy distinto. Fue un momento, se podría decir, de restauración de una Iglesia verdadera. Y la hermana Raquel fue parte de este movimiento de Iglesias verdaderas que entendieron que su deber era ir construyendo la vida de Dios aquí en la tierra, de ir atendiendo a los pobres, a los abandonados, a los que el mundo decía que no valían nada. Ustedes saben más que yo cómo fue este cambio dentro de la Iglesia y en el mundo. Pues en Guatemala fue una diferencia de noche y de día. Comenzaron las hermanas, y los padres y los religiosos, a ir al campo. A ir a atender a los pobres del campo. Ir con ellos, construyendo cooperativas; tanto agrícolas, como financieras e ir pidiendo y exigiendo condiciones, no sólo mejores, sino humanas para las trabajadoras y los trabajadores. En realidad lo que fueron construyendo también fue una Iglesia

verdadera, una Iglesia de los pobres. Se empezó un gran movimiento de catequistas y delegados de la palabra. Se estudiaba en comunidad, se formaban hombres y mujeres con un compromiso tan fuerte y tan distinto con este Cristo de los pobres que exigía que todos y todas merecían una vida digna. Entonces, este movimiento iba cambiando los rincones más lejos y olvidados de Guatemala. Esos lugares donde vivía la gente en unas champas, unas casitas hechas de paja y de palos, con pisos de madera, con enfermedades inimaginables, un hambre y una pobreza que no se pueden imaginar. Iba cambiando, iban exigiendo este cambio a todo nivel en lo que es Guatemala. Fue la propia Iglesia en realidad que llamó a este cambio tan fuerte en Guatemala. Ellos no se podían haber imaginado lo que venía como respuesta de estas demandas. Fue un intento de destruir este experimento de Iglesia nueva.

Yo podría decir que no conozco otra parte de América Latina, de AbyaYala que vivió este nivel de sufrimiento y de violencia. Como decía antes, fueron doscientos cincuenta mil muertos. Eran seiscientos sesenta pueblos destruidos por completo. Eran entre esos muertos, miles y miles de catequistas y delegados de la palabra y miembros de esta Iglesia nueva. Entre ellos fueron trece sacerdotes, un obispo y una religiosa asesinados. Pues eso es la historia. Es una historia de tanto dolor,

de tanto trauma que aún se está viviendo en Guatemala. Así, este año, en abril¹, fue una cosa tan esperada, tan deseada, que no se pueden imaginar ustedes cómo se sentía, cómo nos sentíamos nosotros que habíamos vivido todo esto y treinta años después de los años más duros, un olvido casi por completo. Entonces, se escucha un viento diferente con nuestro querido Papa, “Papa Pancho” he escuchado que le dicen, nuestro paisano, ¡qué orgullo!. Pues, entre todo este renacimiento de esperanza de la Iglesia salieron los nombres, se levantaron los nombres de estos diez hombres, que en realidad son nueve hombres y un niño: Miguel, Tomás, Nicolás, Domingo, Reyes, Rosalío, Juanito, y padre Faustino, padre Juan Alonso y el padre José María. Por fin,... por fin, fueron levantados estos hombres.

Por fin se reconoció que sí hubo martirio en Guatemala. Pero una pregunta que me queda es quién es el que decide quién es un mártir y quién no es un mártir. En El Salvador se tuvo ese dicho y yo lo vi muchas veces, y no hay que olvidar esto, de San Romero. No fue el Vaticano que lo hizo santo: el pueblo lo hizo santo. Por lo tanto, este martirio de estos diez hombres no es la Iglesia que los ha hecho mártires. Sino que son los sobrevivientes del

genocidio los que insistieron que estos nombres no se iban a olvidar. Agradecemos que la Iglesia ha levantado esos diez nombres, pero sabemos que son muchos, muchos más, muchos más!.

El martirólogo guatemalteco es un gran amigo mío, es un hermano, Santiago Otero. Él ha ido de pueblo en pueblo recogiendo los nombres, él trabajó mucho con Gerardi, nuestro obispo que asesinaron, fue su asistente y fue recolectando y recolectando nombres. Un día le pregunté, hermano Santiago, entre todas las listas de los nombres, de mártires, dónde están las mujeres. Se quedó callado... se quedó pensando... y me dijo que sí, que tenía razón. Existe en SICSAL un movimiento de las compañeras de México que han hecho una campaña que se llama "Nos crecieron alas". Creo que es muy importante, reconocer estos diez hombres, pero no dejar atrás a los demás hombres y mujeres y niños que murieron por la misma causa que estos diez hombres que fueron ya levantados. Por ejemplo el 12 de marzo 1982 fueron asesinados ciento setenta y siete niños y mujeres. Fueron asesinados en un sólo día, en un lugar que se llama Río Negro, un lugar donde construyeron una hidroeléctrica muy grande y fueron miles de muertos en esta zona. Pero este día en particular, fueron asesinados ciento siete niños y setenta mujeres. Ustedes deben saber también el ejemplo de

1. Referencia al reconocimiento eclesial de los Mártires de Quiché y su beatificación dispuesta por el Papa Francisco. (Revista Tiempo Latinoamericano 108, 2021).

Berta Cáceres, que no es guatemalteca, es una amiga hondureña, asesinada recientemente, fue hace cinco años. Una mujer indígena luchadora por su pueblo, por la defensa de sus ríos sagrados.

Estamos aquí recordando a los que la Iglesia ha ido levantando como mártires. Pero mi pregunta es quién es un mártir. Hay que ir ampliando nuestra visión e ir reconociendo a los mártires y las mártires que están conocidos tal vez sólo por Dios. Y en fin, la pregunta tal vez es "qué es un mártir?"... yo creo que encima de todas las otras definiciones, un mártir es una muestra de la resurrección. No fue posible, como cristianos nosotros lo sabemos: matar al Dios de la vida. No fue posible. Intentaron matarlo y no fue posible. También en el genocidio guatemalteco, se podría decir que fracasó. A pesar de esta gran matanza, igual que en Argentina, a pesar de la gran matanza que hubo entre ustedes, no fue posible matar a las ideas de justicia, de buen vivir, de respeto entre seres humanos, de respeto a la naturaleza. Nosotros sabemos que las velitas, que las oraciones y los milagros no sirven así nada más. Como parece que yo ya lo había dicho en La Rioja y no lo recordaba. Esas cosas no son el fin del martirio, no son las velitas, no son las oraciones, no son los milagros así nada más. La velita sirve para darnos cuenta de la luz que hay. Prendemos la vela no sólo para esto,

sino para la luz a todo el mundo y ahora es más necesario que nunca. Las oraciones sirven para tener a las mártires y a los mártires adentro de nuestros corazones, para pedir que nosotras y nosotros podamos tener este valor que tuvieron ellos para exigir la vida como se debe vivir. Y lo que es un milagro nada más, es la transformación en esta tierra. La esperanza de que sí se puede, se debe, y que algún día se va a cambiar esta tierra. Ahora nos toca, no sólo levantar a las mártires, a los mártires, sino ser como ellos. Tener este valor para seguir caminando, para seguir construyendo este reino. Estamos en un momento de la humanidad muy precario. Aquí en Canadá donde yo vivo estamos terminando el verano, que fue el verano más caluroso de la historia de Canadá. Nosotros en esta parte donde yo vivo es una zona de lluvia, vivimos adentro de un bosque de lluvia, no llovió por tres meses aquí. Se está secando todo. Un pueblo se fue en un incendio por completo. El mundo ya ha cambiado y a nosotras, a nosotros nos toca ser parte, ir al rescate de esta vida y de esta humanidad. Entonces, los mártires del Quiché, los queridos mártires del Quiché, nos sirven como ejemplos de hombres y niño que no tuvieron miedo de enfrentar estas fuerzas demoníacas, de violencia y de odio. Y ahora nos toca a nosotros, sencillamente. Gracias.

Desgrabación: Nelda Rivas García